

V DOMINGO CUARESMA - C

Evangelio de la Misa: Jn 8,1-11

Sinceridad de vida

Siempre es oportuna y muy actual la enseñanza del encuentro de Jesús con aquella "mujer sorprendida en adulterio" a quien "los letrados y fariseos" querían apedrear apoyándose en la "Ley de Moisés, que manda apedrear a las adúlteras".

Ciertamente es un comportamiento tan brutal que choca abiertamente con nuestra mentalidad actual, tan excesiva y falsamente tolerante, y por tanto relativista y permisiva con lo que interesa en cada momento a la comodidad y al egoísmo personal de cada uno. Pero lo importante es el mensaje que subyace en este suceso: la verdad de Dios y de su santidad y sobre todo el amor, siempre misericordioso de nuestro Padre, Dios.

iQuiero, Señor, calar en el mensaje de este relato de tu encuentro con la adúltera, que "los letrados y fariseos" querían apedrear. Sigue habiendo ahora tantos "letrados y fariseos", que se creen los puros y perfectos, los maestros y doctores infalibles.

Pero se lo creen apoyados solo en su sabiduría y sus opiniones, en su autosuficiencia y su egoísmo.

Para nada escuchan o leen la Ley de Dios, ni la que llega por la propia conciencia bien formada, ni la que consta en la Palabra revelada, la Biblia. Y menos aún escuchan o se atienen al Magisterio que te representa en la Iglesia. Tampoco van por delante dando ejemplo en la propia vida y en el cumplimiento de las personales obligaciones religiosas, familiares y sociales.

Es su verdad y su justicia, adobada de sensiblería y escasa filantropía, la que les mueve a juzgar, criticar y, si es el caso, condenar.

Y aún más, algunos se extrañan de los pecados, defectos y caídas de los demás, y los airean ladinamente, para así justificarse más fácilmente de los propios pecados, y creerse con más autoridad para los juicios falsos y destructores.

Por todos ellos, Señor, ruego y para todos suplico la sinceridad para conocerse, examinarse, rectificar, pedir perdón, comprender, y siempre ayudar, perdonar, y querer como Tú nos has enseñado.

Que nunca, Señor, me detenga tonta y maliciosamente contemplando las motas de polvo en el ojo ajeno, sin verme la viga que afea el mío con defectos y pecados, o por lo menos con imperfecciones y tibieza.

Que nunca olvide tu advertencia de sabio maestro y de experimentado educador de almas: "el que esté sin pecado, que tire la primera piedra".

En mi conversión, Señor, me pides sinceridad para conocerme mejor: mis pecados para pedir perdón y rectificar, y mis virtudes para seguir edificando mi santidad y para exigirme cada día más en ese empeño.

Que aproveche el examen de conciencia diario, el de la noche y el particular.

Padre Segismundo Fernandez Rodríguez